

Monterrey: una historia de éxito*

Jorge G. Castañeda

La Conferencia Internacional sobre la Financiación para el Desarrollo que concluyó el viernes pasado en Monterrey ha sido un éxito rotundo que se manifiesta de cuatro maneras distintas:

Primero. Monterrey ha sido un éxito de organización. A pesar de los problemas inevitables que surgen cuando se monta una conferencia internacional de esta envergadura, la sede y todos sus servicios de apoyo —es decir, logística, transportes, hoteles, comunicaciones y sala de prensa— funcionaron, y funcionaron muy bien.

Esto se dice fácil pero si se considera que a Monterrey han viajado para participar en la Conferencia 50 jefes de Estado o Gobierno, 232 ministros, más de 2 000 delegados, 1 800 periodistas y 557 representantes de la sociedad civil y el sector empresarial, no queda duda de que una labor titánica fue resuelta de manera eficaz por el subsecretario de Relaciones Exteriores, Gustavo Iruegas, a quien se le encomendó esta tarea.

Pero además de la Conferencia, el gobierno de México organizó, en la misma sede y durante la misma semana, otros dos eventos: un retiro de líderes, al cual asistieron todos los jefes de Estado o Gobierno presentes en Monterrey, junto con los directivos de las instituciones de Bretton Woods, y una visita

* Publicado en *Reforma*, México, 26 de marzo de 2002.

oficial de trabajo del presidente estadounidense, George W. Bush.

Segundo. La Conferencia ha sido un éxito por la tranquilidad y serenidad que privó a lo largo de toda la semana. Éxito en las calles, porque Monterrey no se agrega a la lista de ciudades como Praga, Seattle, Quebec o Génova, que se han convertido en sinónimo de profundas divisiones y choques entre sociedad civil, gobiernos nacionales e instituciones multilaterales.

Por primera vez en años, las autoridades responsables de la seguridad de una conferencia de esta naturaleza pudieron informar el último día de labores: "sin novedad". No hubo un solo individuo detenido, uno solo golpeado o herido; todos marcharon y se manifestaron en paz.

Y este saldo blanco se obtuvo con números de efectivos policiacos sustancialmente menores a los que han sido desplegados en otras cumbres similares. A manera de ejemplo, mientras que en la recién concluida Cumbre de la Unión Europea, celebrada en Barcelona, fueron utilizados 8 000 policías para vigilar las calles de esa ciudad, en Monterrey se usó un contingente, significativamente menor, de 4 000 efectivos. Si se toma en cuenta que la Conferencia de Monterrey reunió al triple de jefes de Estado o Gobierno, y a más del doble de delegados que la Cumbre de Barcelona, se podrá constatar la labor discreta y eficiente de las autoridades mexicanas encargadas de su seguridad.

Pero este espíritu de concordia, presente en las calles de la capital neoleonesa, también se trasladó a los pasillos y salones de la propia Conferencia. Si bien muchos de los temas de la agenda eran complejos e incluso polémicos, el debate, tanto en las mesas redondas como en el salón plenario, se dio sin insultos y, con pequeñísimas excepciones, sin estridencias.

Tercero. La Conferencia ha sido un éxito por la calidad del debate. Y ese debate fue detonado y preparado por México y

por un grupo de funcionarios encabezados por otro subsecretario de Relaciones Exteriores, Miguel Hakim Simón. De entrada, Monterrey se presenta como un punto de inflexión en los términos de referencia sobre la financiación para el desarrollo. El paradigma que existía hasta antes de la Conferencia con respecto a la manera de entender la Asistencia Oficial para el Desarrollo (AOD) parece revertirse con el anuncio de Estados Unidos, la Unión Europea y Canadá en el sentido de incrementar de manera importante la asignación de recursos para este rubro.

Pero también se abona con la clara convicción de los países menos desarrollados en el sentido de que ellos son, al final del día, los principales responsables de su desarrollo económico y social a través de prácticas gubernamentales y corporativas transparentes, responsables y sustentables.

En este sentido, acordamos la necesidad de instrumentar, junto con la sociedad civil, nuevos códigos de conducta para donadores y receptores de la AOD, en el marco de un nuevo enfoque de responsabilidad compartida para todos los países de la comunidad internacional, lo cual puede ayudar a reemplazar los tradicionales mecanismos de condicionalidad en la ayuda al desarrollo.

Cuarto. Monterrey ha sido un éxito para la política exterior de México. Éxito por el poder de convocatoria de nuestro gobierno y por nuestra capacidad para colocarnos a la vanguardia de una discusión que hoy, unos días después de concluida la Conferencia, es cualitativamente distinta de lo que era hace unos meses. Éxito también porque México ha demostrado que tiene la legitimidad y la vocación de ser un país puente entre distintas concepciones del desarrollo, entre el Estado y el mercado.

Éxito porque hemos logrado demostrar, a través de nuestra gestión diplomática, que en el mundo globalizado de hoy, el desarrollo debe ser una empresa global.

Monterrey es el catalizador de un nuevo debate. Los consensos alcanzados ahí nos brindan una oportunidad para establecer parámetros más útiles en la instrumentación de una nueva agenda mundial de fomento al progreso económico sostenido y sustentable. Si hemos de realizar avances reales, necesitamos ideas audaces y acciones resueltas. El Consenso de Monterrey, junto con las reflexiones efectuadas en el retiro de líderes al que convocó el presidente Vicente Fox Quesada, podrían convertirse en el detonador de ese proceso.